Segundo lugar

Título: Por la madre naturaleza ¡Pero si sólo quiero una probadita!

Autor: Montserrat Villalobos García

(***14 años, Ciudad Victoria, Tamaulipas***)

Por la madre naturaleza
¡Pero si sólo quiero una probadita!

Era el mes de marzo y apenas iniciaba la primavera, lo que significa más flores bonitas, ricas en néctar y miel.

Will y su primo Tomás pensaban viajar por todo el mundo y conocer cosas nuevas. Esos dos traviesos siempre han hecho la vida imposible a la familia. ¡Sueños tan grandes y cuerpos tan pequeños!

Una mañana fueron a visitarme y me invitaron a ir con ellos, rechacé la oferta aun cuando me moría por decir que sí, una abejita como yo no puede estar sola. Tristes por oír mi respuesta me dijeron que por lo menos fuera a comer con ellos. Acepté.

Al principio nos limitamos a comer de las mismas flores de siempre, luego nos paramos para observar aquella flor de la que siempre habíamos oído hablar en feas historias de terror: la adelfa.

–Will, ¿por qué las sigues viendo? Ya vámonos.

–Sí, estoy de acuerdo con Tomás, he escuchado que si comes de su néctar te empiezas a comportar extraño. Dicen que empiezas a ver y oír cosas que no existen.

–Por la madre naturaleza, ¡Pero si sólo quiero una probadita!, no va a pasar nada, además todos dicen que es muy rica.

–Will, por favor, vámonos. ¿Sabías que alguien murió por comer de esa cosa? Era amigo de mi papá, fue horrible.

–Pero que abeja tan exagerada eres, Tess, el señor Abeja murió por problemas del corazón y porque no podía respirar bien.

–Exactamente, ¿y qué crees que le causó esos problemas?, ¡pues la flor, necio, la flor!

–Bueno, ya no quiero discutir, me iré sólo porque los dos me lo piden.

Noté que después de irnos Will seguía pensando en la adelfa, pero no le di mucha importancia. Will siempre había sido el ave más querida del lugar y había probado de todo, así que pensé que la flor era sólo para perder el tiempo. Naturaleza, si hubiera sabido.

Al día siguiente, Tomás y Will partieron a su viaje, pasaron los meses y yo continuaba trabajando en la colmena. Dos otoños después, estaba recolectando miel cuando Tomás me llamó. Fui volando a abrazarlo, pero lo noté extraño, como tenso.

–¿Tomás? ¿Qué pasa? ¿Dónde está Will? ¿Cómo les fue? Y dime…

–Tess, luego me preguntas eso ¿va? Estoy aquí porque necesito que me ayudes. ¡Es urgente!, pero no quiero que nadie se entere.

–Me estás asustando, Tomás.

–Es Will, estábamos por el bosque tropical del norte y lo dejé sólo un par de minutos, cuando llegué él estaba comiendo una adelfa que había encontrado, me asusté y le pregunté qué estaba haciendo, me dijo “no te preocupes, lo he estado haciendo desde el primer día que la vimos, allí con Tess ¿recuerdas? Volví en la noche y la probé ¡sabe deliciosa!, me hace sentir más fuerte y sano, creo que incluso me hace ver mis colores más hermosos, ¿quieres probar?, hay bastante para los dos”.

En aquellos momentos estaba aterrada, qué se supone que debo hacer, a quién debo preguntar, ¿podré ayudarlo o ya es demasiado tarde? Todos esos pensamientos me llegaron de golpe y no tenía la respuesta para ninguno de ellos.

Fuimos a su casa y tan pronto como entré me di cuenta de una cosa, algo olía terriblemente mal, Tomás me dijo que era Will, llevaba días sin bañarse. Estuve charlando con ambos por un buen rato, pero ver a Will en esas condiciones era muy doloroso, decía puras tonterías y estaba de muy mal humor, los colores de sus plumas se habían vuelto opacos y estaba terriblemente enfermo, “pobre Will, ya no va a poder salir de ésta”.

Pensé que si de verdad quería ayudarlo tendría que pedirle ayuda a alguien más. Lo pensé muchísimo, pero nadie me pareció indicado, creía que todos se iban a burlar de él, lo iban a ver raro o tal vez simplemente no querrían ayudarlo. Pero es que nadie sabía lo que yo sabía, Will era un colibrí bueno, divertido, amigable, inteligente e independiente, un gran amigo y un gran colibrí.

Will simplemente había tomado malas decisiones, tal vez porque ya todo le aburría y quería probar algo nuevo o porque sus papás colibrís no le habían dicho lo mal que era la adelfa para nosotros. Sea como sea, yo quería a Will y haría todo por ayudarlo, sabía que Tomás lo haría también.

Por eso hicimos lo que hicimos. Convencimos al doctor Jem que fuera a verlo a la casa, el doctor Colibrí era alguien a quien todos veíamos mal porque

creíamos que estaba loco por ayudar a aves e insectos adictos a la adelfa. Claro, antes no entendía lo que esas aves e insectos sentían hasta ese momento.

El doctor aceptó ir un viernes por la mañana; Will estaba hecho un desastre, se veía a millas que el pobre no había dormido en días y había adelgazado un gramo entero.

–No puedo estar aquí, Tomás, yo los espero afuera.

–Vamos Tess, todo esto fue tu idea, debes estar aquí por Will.

-¡Pero ese no es mi Will!, ¡Míralo, míralo! Es violento, está nervioso y actúa como si estuviera perdido, actúa como atontado, ¡ni siquiera nos reconoció cuando entramos volando! ¡Él no es mi Will!

Y en plena discusión fue cuando el doctor Jem dijo algo que nunca olvidaré.

–Tess, escúchame, él sí es tu Will, es sólo que la adelfa lo cambió, es una de sus consecuencias, dejan de ser ellos mismos, lo único que queda dentro de ellos es el néctar venenoso de la adelfa, hace que sus cuerpos les pida más y mientras más comen de ella, más se van dañando. Es un ciclo vicioso y la mayoría no logra salir de él, pero te diré un secreto ¿va?

Yo estaba llorando a mares, pero quería escuchar así que intente tranquilizarme.

–Tú amas a Will ¿no? ¿Tú y Tomás harían todo por él?–, asentí.

–Bien, eso es bueno. Los pocos que logran salir de este enorme problema lo hacen gracias a sus amigos como tú y Tomás. Aves e insectos como ustedes y yo le hacemos ver el daño que no sólo se hace a él mismo, sino a todos los que lo aman. Una vez que ellos se dan cuenta de eso, se ponen a trabajar para superarlo, pero sólo lo logran gracias a que hay alguien para sostener su ala caída–, dijo el doctor.

–Así que la puerta está allí, grande y ancha para que vueles y no vuelvas, pero si de verdad amas a Will y lo quieres ayudar, quédate y hazlo, quédate y comprométete, porque cuando te haces amigo de alguien, es como una promesa silenciosa que dice: sí, yo estaré allí, en las buenas y en las malas– recalcó Colibrí.

Me quedé en silencio en medio de la habitación, mi cabeza daba vueltas –qué hago, es mi amigo, me quedaré. Pero esto es algo muy grave, me costará mucho trabajo ¿y si él no quiere?, todo es su culpa, para qué comió esa planta, ¡qué necio, se lo advertí!, no ahora que se aguante y se las arregle solito–.

Pero cuando estaba a punto de salir volando algo me detuvo, una foto. Era de tan sólo hace dos años, de Will, Tomás y yo abrazados, riéndonos, y ya no pude más. Lloré y lloré por mucho tiempo, pero cuando por fin terminé, decidí quedarme, después de todo él era mi mejor amigo.

Por meses estuvimos llevando a Will con el doctor, poco a poco fui notando los cambios. Comenzó a volver a su peso normal, dormía cada vez más y volvió a ser dulce y tierno. Will se dio cuenta de la mala decisión que tomó y él solito comenzó a buscar maneras de sanar.

Después de casi cuatro otoños, Will por fin mejoró. Qué feliz me sentí cuando pasamos a lado de una adelfa y Will la ignoró por completo, se solucionó el problema.

A partir de entonces Will se dedicó a ayudar a cualquier ave o insecto adicto a la adelfa y no hay día en que no nos agradezca todo lo que hicimos por él.

Incluso hoy me duele recordar todo esto, pero me hace sentir mejor que ya lo superamos juntos. Hoy puedo decir que soy una abejita pequeña, pero fuerte, con dos sanos y grandes colibrís como amigos.

P.D. ¡Hola! Soy Will. Sí, ese Will, sólo esperaba poder decirte hola y agradecerte por leer la historia de Tess. Es una abeja fantástica, igual que mi primo Tomás. Jamás voy a olvidar todo lo que hicieron por mí, ni tampoco todo lo que me hizo la adelfa, pero creo que eso es bueno ¿no?, así no volveré a cometer un error tan grande y tonto como ese. En fin, seguro que ya quieres irte y tirar esto a la basura, pero antes déjame decirte algo ¿va? Un amigo no es el que ofrece adelfas, sino el que te ayuda a no comer de su néctar.